

PEDRO GUERRERO RUIZ¹

El día que no sepa quién soy

El día que no sepa quién soy,
sentado en el negro sofá donde leo el diario,
o me quede mirando a ningún lugar determinado,
[fijamente,
te convendría buscar tan sólo aquella foto donde nos
[besamos
y que tanto nos gusta. Si es tan sólo por saber algo
[de mí.

El día que no sepa quién eres, que no sepa tu nombre
cuando tus ojos se miren en los míos,
entonces, y sólo entonces, comprenderás que ya no
[soy yo.
Busca esa foto, si algo de mí aún te interesa.

En ese día que no responda a nada, a nadie,
que no disfrute de una mañana efímera de luz
en una pequeña plaza de mi pueblo,
o si a tus hermosos ojos no respondo con los míos
[pequeños,

¹ ANLE, Catedrático de Universidad, poeta y articulista semanal del diario La Opinión, es Premio Nacional de Poesía Vicente Aleixandre y ha publicado seis libros de poesía, “Los versos de Pedro Pueblo”, “Poética del gesto”, “Blanquizaes de Lébor”, “Memoria de la luz”, “Cumbre del pájaro herido” y “Levedad de la ceniza”, así como en antologías poéticas y revistas literarias españolas y extranjeras.

<http://www.anle.us/222/Pedro-Guerrero-Ruiz-.html>

es que ha llegado la hora de decirnos adiós el mundo y yo,
o yo y el mundo. Y sólo estaré en el recuerdo de
[esa foto.

Historia de un dos más dos

Desde entonces,
desde aquellos pezones rojiverdes
saltando de su gris salpicadero,
ha cubierto un tiempo nuestros años de invierno
en ternura confiada.

Fue ayer cuando salíamos
en aquel Rocinante desbocado,
brillando como luciérnagas,
trillando el tiempo que era tan nuestro,
convocados por Eros y por Tánatos,
saludando a la Cibele desde dos caballos,
montados en aquella nube de poesía
sobre una carta mugrienta de un poeta loco.

Así, asomados entre extintores,
becerros y jabalíes domesticados,
maldiciendo lo escolástico,
nutriéndonos en una extensión de flora endémica.
Sobre aquella nube, digo, de libertad fingida,
de lúcida prisa intestinal, colérica, ensayada
por un cántico sin ira,
tal vez por una manada de versos
incesantes, atávicos, inciertos.

Éramos dos, ícaros en la noche alegre,
subterráneos en un día sospechoso
de tanta soledad acumulada,
de tanta cadena de aire,
de tanta ignorancia enmarcada en la sequedad
de una cultura líquida, volátil.
Dos gritando en un paisaje sin fortuna.

Somos así, conscientes de haber sobrevivido
entre lo absurdo y la audacia de unas hojas de humo,
comprimidos en un consumo distinto,
abismados ya a la ceniza, en una extrañeza temporal
que no sabe nuestro idioma,
cerca de una arena sin mar,
despiertos a vivir otra trinchera,
otra luz sin luz montando aquel caballo
de la vieja herida. En el trayecto del cielo
donde Madrid se infecta de terciopelo rojo.

Y subíamos así, animados por el ciclo
de una propia manera de sentirse huidos
sin más muro que el vegetal silencio de la espuma.
Pero nosotros no, nosotros no viviremos
ese olvido inútil, angostado en la herida,
sumido en otro instante. Nosotros no,
porque nosotros tenemos esa semilla del gesto,
esa geometría disidente,
esa memoria insumisa de angustia despreciada.

Nosotros no, porque nosotros no hemos perdido
el tiempo mirando un terco péndulo en la tarde.
Y todavía en dos caballos, audacia y maravilla,
somos dueños de un signo sobre aquel maldito
concierto inocente de un pentagrama cálido de nube.

Aquellos versos tristes

Por qué yo me sabía aquellos versos tristes,
aquellos de Neruda y Vallejo,
los de Miguel Hernández, los de León Felipe.
Y por qué yo no sabía aquellos otros versos más
[alegres,
o los que escribieron los claros poetas milagreros.

Por qué no guardaba en mi memoria
aquellos otros versos exaltados de Espronceda,

o los de Bécquer que tanto me gustaban.
Por qué era en lo oscuro la incertidumbre al fin
donde puse mi huella de aquel tiempo juvenil
del arpa y de la espuma, de un oleaje ya fallido.

Nunca lo supe, o era mi destino el verso peregrino
del barro y del otoño en lluvia.
Y me bañé del océano de Larrea y Cernuda,
del ocaso infernal del sufrimiento Dante,
en las palabras descarnadas de Ungaretti, Quasimodo,
Montale. Y penetré en los malditos, Baudelaire, Eliodoro,
Verlaine... Y así, extrañamente, de la mano de Celaya,
atracaba al Hudson profético de Whitman.

Atormentado de palabras, viajaba yo en la penumbra
de la piedad de San Juan, el de La Cruz,
hasta los fantasmas de Lorca, geometría y angustia,
o los ángeles fríos del gaditano Alberti.

Pero por qué fue mi destino el de acogerme
a la muerte de Manrique, el de crecer en dudas desde
[la vieja
madera de los mares de Homero, aquel que no veía,
en peregrino sufrimiento, y con Neruda en su cosmos
[de elegía
terrestre, tan lejos de los divinos maestros de las dulces
[liras.

Nunca lo supe. Y tan sólo añadía la dureza del fuego
del repentino ocaso, del infinito espacio de las brumas.
Sin agua y agrietado. Seco y más tosco cada día,
del mismo hierro encendido del infernal Vulcano.
Y de los mismos alumbres por donde había emergido,
convivía en la huella incesante de un rayo no domado
y asemejé mis versos a una levedad de la ceniza
de la misma terquedad que ahora me somete.